

Humilde dignidad cotidiana

Manuel MACEIRAS FAFIÁN

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Bajo el impulso intelectual de Nietzsche, Gracián, Ortega y Unamuno, la obra de Luis Jiménez Moreno, elaborada desde su digna humildad personal, se articula en torno a la convicción según la cual el ejercicio de la filosofía no puede independizarse de la vida cotidiana, del “hombre de carne y hueso”, de la “razón vital”, invitación diaria a la biografía creativa, innovadora, germen constante de cultura, moralidad y convivencia. Por su humilde dignidad y por su obra, a Luis Jiménez Moreno debemos una memoria justa, en la que sigan presentes su espíritu y su virtud.

Abstract

Under the intellectual impulse of Nietzsche, Gracian, Ortega and Unamuno, Professor Luis Jimenez Moreno's work is firmly built around his conviction that philosophical practice and thought cannot remain disconnected from daily life, from the man of “flesh and bones”, as we say in Spanish, or from its “vital reason”. This claim, humbly made and dignified by his personal attitude, entails a daily invitation to explore creative and innovative biographical reflection, fertile source of culture, morality and coexistence. For this dignifying work we owe Prof Luis Jimenes Moreno a just remembrance, and hope that his spirit and virtues will remain with us.

Si cada ser humano tiene asignada una circunscripción especial en el mundo, referencia para medir su estatura moral, nuestro compañero Luis Jiménez ha ocupado el territorio de quienes han vivido con tan coherente dignidad, que su muerte invita a dirigirle una última solicitud, singularizando la invocación de Nietzsche: *En tu morir deben seguir brillando tu espíritu y tu virtud, cual luz vespertina en torno a la tierra: de lo contrario, se habrá malogrado tu morir*. Sin balances calculados, a través de la silenciosa profundidad de sus últimos días, se ha hecho traslúcida la penetrante hermosura de su modestia, practicada con la noble conciencia de quien sabe que ese rasgo engrandece la ontogenética pequeñez humana. Sin merma en la gravedad, la atracción horizontal de su agudeza, pone en el camino de lo que debe ser la vocación y la profesión del filósofo: un transitar reflexivamente por la vida de todos los días que, al ser cotidiana, solicita dedicación sin demoras frente a la rutina que acrecienta la distracción y merma las cautelas, con el fin de ceñir las artes con la mirada puesta en cuantos nos acompañan por las mismas sendas del trabajo diario. Luis tuvo claro que atender las tareas de todos los días y ejercitar la filosofía deben sobreimprimirse para alcanzar la salvaguarda de la vitalidad creativa, tal como dejó escrito en uno de sus libros más personales:

No es el lagrimeo quejoso, ausente y receloso de su dintorno, lo que hace al filósofo, sino su afán por saber, su esfuerzo por realizar, en su circunstancia, con la fuerza abundante de pasión, haciendo valer sus recursos efectivos. La filosofía... no es producto admirable, almacenado para ser transportado y transmitido en cofre. La fuerza filosófica es fuerza germinal que despierta y conforma el modo de ser, los modos de convivir, el discernimiento para valorar... (*Discernir y valorar*, Ed. Clásicas, Madrid, 1998, p. 135).

Ese principio de vital realismo pide poner fuerza, “abundante pasión”, a las que Luis añadió por cuenta propia benevolencia, amistad universal y sacrificio personal, para que la profesión elegida, la suya y las nuestras, se vayan esclareciendo como tiempo lleno, desgastado en la cronología pero nutrido cada día por la genealogía de incesantes *valoraciones*, esto es, de ininterrumpidas *creaciones*, como él mismo escribió. Contra la comodidad, Luis no se ha consumido en la endogamia interpretativa de lo más o menos ventajoso para sí mismo, con fidelidad al propósito de trabajar por aquello que interesaba a cuantos tuvimos la suerte de compartir su proximidad. Sin contradicciones en las alianzas conceptuales, tomó muy a su cargo la sentencia de su admirado Gracián: “el saber de las cosas y no obrallas, es cosa de gramático, no de filósofo”.

Al discurrir por la obra de Luis Jiménez se percibe la solicitud de quien, sin la más leve tentación de sectarismo, con benevolente mesura hace oír la palabra convincente de los maestros clásicos recordando que nuestro proyecto existencial no está fijado por la preceptiva dogmática del humanismo abstracto, sino por la aten-

ción del viandante, consciente de que cada cual es construcción de nueva plana, significada “por el modo de vida personal”, asociada a las tareas de todos los días, “en la comunicación con otras personas”. En su recorrido por los grandes textos, de la antigüedad a nuestros días, de modo singular por los de Gracián, Nietzsche y Ortega, la obra de Luis Jiménez se va configurando como reflexión original cuyo propósito último es evitar que sus lectores sean llevados a la falsa impresión de que la Filosofía es una actitud o actividad intelectual reservada sólo para algunos o exclusiva de quienes profesionalmente se dedican a estudiar su historia. El saber de las cosas, también en filosofía, es condición para hablar de ellas, como para Platón la *episteme*, seriedad documentada, conocimiento bien fundado, no superficial vagabundeo intelectual. Pero el conocimiento y la práctica de una filosofía no se agota, para Luis Jiménez, en su explicación analítica y documental, sino que debe alcanzar los momentos que Husserl llama “apropiación” del significado (*Aneignung*) y culminar en su “aplicación” (*Anwendung*) por cuantos quieran comer el pan de sus ideas. En fin, conocer una filosofía es alcanzar conciencia de su espíritu, no con veleidad acomodaticia de comediante, sino con la atención infantil del aprendiz, consciente de que por las filosofías circula la sustancia de la vida real que, como la sabia en el árbol, se propaga por un proceso de ósmosis no espontánea, sino aprendida. En el empeño, la obra de Luis Jiménez sugiere sobrepasar progresivamente la literalidad para culminar la reflexión en forma de escucha acogedora del espíritu de los filósofos que, como el *logos* de Heráclito, habita en el fondo de los enunciados, más allá del orden de los significantes. Finura hermenéutica con aire de actualidad, que confiere a las filosofías sentido ucrónico e intemporal: cada una de ellas no es sino un complejo de significados presentes que remiten a otros ausentes, aquellos que el lector intérprete está obligado a encontrar a partir de sus sentimientos, ideas y experiencias. Sustraer las filosofías de la estrechez filológica, hará que ellas sean algo hondamente “sentido, vivido y pensado”, contrapunto creativo, amparo del flujo y reflujo de los asuntos que zarandean la actualidad. En esa singladura interpretativa, la obra de Luis Jiménez se vigila a sí misma para evitar

el peligro de incurrir en un humanismo formalista, exteriorizante, despersonalizador y por lo mismo alienante, que se aprende y se fabrica, que llega a hacerse fácil y connatural, dando lugar a una comunicación que ya no expresa nada (*Hombre, Historia y Cultura*, Ed. Espasa, p. 33).

Si el objetivo del viaje tuviese tan escaso alcance, no valdría la pena cargarse con las alforjas tan pesadas del estudio erudito y formal de las filosofías, inabordable cuantitativa y cualitativamente, con el sobrepeso del deber de interpretarlas, tarea siempre incapaz de restañar las disidencias.

Contrapuesto al humanismo despersonalizador, sin perder seriedad, cada ser humano se empeña en sustraerse a la actitud acomodaticia que aconseja seguir

haciendo lo mismo, y se somete a la permanente tensión resuelta como voluntad de homo *faber*, fabricante simultáneo de sí mismo, de su circunstancia y de los demás. Por eso las filosofías deben ser interpretadas sabiendo que ellas han sido y pueden seguir siendo la propuesta de “un humanismo vivo”, acreditado por el esfuerzo explícito hacia el proyecto incesante de construir generaciones y sociedades. Razón por la cual nuestro amigo Luis comentó tantas veces el símbolo de la triple transformación predicada por Zaratustra, símbolo de lucha contra lo viejo y anquilosado, obra sólo al alcance de la inocencia infantil que, sin reglas estéticas ni éticas, se erige en creador libre, porque el juego del niño se sitúa más allá del bien y del mal.

A la sombra del vitalismo creador, sin prejuicios sistemáticos, Luis Jiménez escribe convencido de que las polémicas alternativas entre racionalismo e irracionalismo, entre mecanicismo y vitalismo, son tan estériles como poner tapete verde o rojo en la mesa de juego, puesto que la tiranía de la preceptiva escolar queda suprimida desde el principio por el “hombre de carne y hueso”, el de la vida cotidiana. Es él quien acierta a conjugar la racionalidad lógica con la carga de involuntariedad que circula por su organismo, impulsado por las dosis de necesidad, turbadora de la claridad de la razón, que no es angelical ni diamantina. Si Unamuno parte del reconocimiento de los conflictos interiores del ser humano, para Luis Jiménez, Ortega no es menos explícito al reiterar que “la razón pura” tiene que ser compensada y balanceada por la “razón vital”, en la convicción de que razonar no es acto independiente de la vida. No se trata, pues, de alternativas sino de tener la capacidad y la habilidad de integrar. En consecuencia, tras su reflexión hermenéutica sobre Gracián, Unamuno, Ortega, D’Ors y Tierno Galván, Luis Jiménez concluye:

La racionalidad es el metro que ayuda a no caer en el sometimiento servil; razón instrumental, desde luego, como resultado de la capacidad racional en cada hombre, que engrandece la realidad total humana mediante esa puesta en común, que refuerza en cada uno su afirmación con la naturaleza, pero asimismo capacidad racional de muchos, unidos, para salvaguardar lo más propio de cada uno, cuando algún exaltado de sí mismo, de su saber y de su poder, pretenda imponerse dogmática y despóticamente, sometiendo como instrumentos sin soberanía a todos los demás (*Prácticas de saber en Filósofos españoles*, Anthropos, Barcelona, 1991, p.298).

Palabras llenas de sentido común, esto es, de sabiduría aprendida al hilo de las experiencias, que compendian otro de los supuestos fundamentales de toda su obra, reiteradamente perceptible en la diversidad de sus escritos: la racionalidad no puede dejar de ser atributo y facultad compartida y, por tanto, sometida al ejercicio del respeto en la mejor tradición kantiana. Lo que, sin zanjar alteridades, preserva la individualidad, pero dando por cierto que ésta no alcanza su personal profundidad sin el concurso de los demás, poniendo así a prueba la constancia y las variaciones del peculiar ritmo de vida, tanto biológica como espiritual, de cada uno.

A la luz de tales supuestos, Luis Jiménez invita y orienta la lectura e interpretación de la obra de Baltasar Gracián, que conoce en profundidad y a la que dedicó agudos trabajos. Supondría no captar toda su grandeza si sólo se considera a Gracián bajo la figura del jesuita, magníficamente pertrechado por la mejor escolástica. Sin duda ninguna, Gracián fue un hombre de gran formación, pero cargada de realismo, ajeno a ribetes mentales superfluos, empeñado en llevar al ámbito de cultos y cortesanos, la sabiduría popular, enraizada en la psicología del hombre vulgar y en la vida cotidiana, sin renunciar un ápice a las exigencias de precisión, concisión y rigor. Él representa el modelo de sabio que subyace a la concepción vitalista, suplemento sapiencial que poderosos y maestros áulicos deben saber aprender del débil e ignorante. Y esto porque su propósito nuclear, comenta Critilo en *El Criticón*, es enseñar a conocer las propiedades o cualidades que regulan las conductas diarias de la vida de los hombres: las que nos educan para vivir y, en consecuencia, nos están adiestrando para morir, si horadamos la superficie y prescindimos de esfuerzos superfluos.

Porque todo saber auténtico se orienta hacia este vitalismo ético, todo cuanto los seres humanos apreciamos como verdad en la libre expansión de nuestras vidas, deberá ser interpretado, no como conocimiento que satisface apetencias racionales, sino como un valor que persuade, satisface o conmueve. En consecuencia, sin acomodamientos escépticos ni oponerse a la seriedad, la verdad se encuentra más en las vidas que en los libros y discursos. Pero eso la hace huidiza, itinerante, esquiva a mostrar su rostro, cómplice de la inquietud porque, como en Schopenhauer, Kierkegaard y Unamuno, no se cobija en el confortable hospedaje de una inteligencia deshuesada y sin adherencias biográficas.

Caminar con Unamuno en compañía de L. Jiménez, es irse percatando de que la filosofía es empeño de todos los días en los que el tiempo cósmico se secciona en jornadas laborales. O lo que hacemos no es filosofía, o no hay más que filosofía práctica, enraizada y arraigada en lo concreto y vital, en lo cordial y afectivo, balanceo inestable que la convierte en saber complejo, puesto que la vida fluye cambiante e itinerante, cuando no tumultuosa, ajena al ritmo regular, al tiempo lineal, a la armonía preestablecida, cómplice de la tragedia advertida, prevista sin disimulos estéticos. De ahí que la reflexión no sea actitud plácida, fiesta o regocijo nupcial con la satisfacción que acota los registros de la memoria, sino contienda inserta en los vericuetos de los sinsabores actuales, recordados o esperados. Oscilantes, sin conformidad a reglas fijas, los desenlaces biográficos no se resuelven de una vez por todas, someten la reflexión a la tensión entre ideas y sentimientos, entre razón y corazón, entretejidos con las variaciones recurrentes sobre el subsuelo perdurable de la vida real, contrapunto disonante con espacios acotados y separados del mundo. Por esta razón, sin proporciones o volúmenes resueltos, impone obligación de *valorar* en la incertidumbre para que, cancelando buenas dosis de racionalidad, nos

encontremos con el deber de *crear*, con habilidad artesanal, el milagro de trazar cada mañana la ruta festiva del nuevo día.

Evitando juegos conceptuales, es la misma atracción de la vida, de la vida concreta e individual, el impulso que motiva la atención de L. Jiménez hacia Ortega y Gasset, cuyo raciovitalismo, además de mancomunar el territorio de lo racional y lo vivido, no se cansó de repetir que vivir es algo así como ir desplegando “un punto de vista sobre el universo”. Expansión no satisfecha con precisiones epistemológicas, como podría parecer, puesto que su sentido es por entero biográfico: la vida de cada ser humano es irrepetible epopeya, gesta de una libertad singular y sin parangón, beligerante para comprometer la responsabilidad personal en el empeño de no cercenar sus horizontes infinitos, si bien van adquiriendo medidas aseguibles en los afanes diarios. En esta posición marcadamente ética de Ortega, se engarza la reflexión de nuestro amigo Luis Jiménez sobre el hombre-masa y la constitución de las clases antropológicas, no ahormadas por las clases sociales. Hilo conductor orteguiano que induce sus agudas referencias a rebeldes y humildes, con la sugerente secuencia que le conduce hasta situar los asientos de la convivencia sobre la cultura vital y la moral selecta, cerrando el circuito entre Nietzsche y Ortega. Atravesando el arco ojival de tan agudos problemas, la intención de Jiménez es alejar a Ortega de sombrías paradojas y desvincularlo de cualquier connotación clasista. Sin arreglos ni compensaciones, la antropología vitalista orteguiana invita a que, sean cuales fueren las circunstancias en las que nos toca vivir, cada hombre ejercite sus capacidades, que no son formas vacías, sino fuerzas dinámicas y disposiciones activas suficientes para promover y regular la metamorfosis de las aptitudes naturales en gérmenes de cultura y vínculos de convivencia. Esto quiere decir que Jiménez, reactualizando la *eticidad* hegeliana (*Sittlichkeit*), interpreta la reciprocidad fenomenológica de Husserl a la luz de la antropología de Ortega, para invitar a la iniciativa y a la acción creadora, siempre en actitud respetuosa y compartida:

Ese hombre que vive un proyecto, tiene la fuerza para impulsar a los demás en sus tareas y ejerce el imperativo cultural de selección en su vida, no dirige lanzando preceptos, sino que enriquece y potencia su entorno haciendo que, cada cual a su modo, ejerza, proyecte y alcance su programa propio con sentido y calidad de plenitud vital y de estímulo en su convivencia (*Prácticas del saber, o.c.*, 217)

¡Hermosa cortesía la de Luis Jiménez, finura de personalidad respetuosa! Por el mismo sendero de la vida cotidiana, en varios libros y numerosos trabajos, se aproximó a la figura y obra de Nietzsche, desde sus primeros afanes intelectuales, que prosiguió a partir de entonces con minuciosidad, para convertirse en uno de los más sagaces intérpretes del gran simbolizador. Nietzsche es, no cabe duda, autor de *Humano, demasiado humano*, poniendo en la pista de la vida asociada a la contradicción, asentada en lo enfermo y no verdadero. Sería sacrílego ocultarlo. Pero la

vida está abocada a ser superada cada día por la voluntad de mayor bien, de más exigente verdad, de más sano valor y más santos propósitos. Y Jiménez interpreta a Nietzsche como el gran profeta de la epopeya hacia una antropología abierta que, rebasado el “conócete a ti mismo” socrático, se erige en voluntad de superación de la propia inmanencia individualista, en pos de un territorio todavía inexplorado y por conquistar, porque las posibilidades reales de cada hombre radican en el “lugar donde está el país de nuestros hijos”. Es el país prefigurado por la espontaneidad infantil, símbolo teleológico de las mutaciones del camello y del león. En ese territorio, lo impulsivo, primitivo, natural, las energías subterráneas, se transforman, con eficaz proyección, en valores de garantía moral para que cada día sea más y mejor de lo que ha llegado a ser el día anterior. Para Luis, la grandeza de Nietzsche radica en que, tras las turbadoras apariencias nihilistas, se desvela como un maestro de verdad y de esperanza, solícito de arte, de creación moral imaginativa, obligada a sobrepasar todo lo anquilosado y viejo que, sin percatarnos de su peso, cargamos a nuestras espaldas como el camello su joroba. Entendidas así las cosas, es razonable y no simple voluntarismo, generalizar su invitación:

Necesitamos alcanzar una comprensión más intensa y diversa de la imaginación, que despierte la sensación estética y la realización artística en modos de vida, en potenciación de las situaciones humanas aun con el riesgo de la novedad, con la plasmación huidiza más íntima y vinculada a las aspiraciones genuinas de la vida humana (*Hombre, Historia y Cultura*, p. 192-193)

Las mismas razones que arraigan en la exigencia de enriquecer la vida, son las que conducen hasta Egenio D’Ors, quien aparece para él como “intenso, sugeridor, pero además enigmático y paradójico”. Tal es su empeño por incrustar al hombre de la vida diaria en la sociedad y en el arte, oscilando entre su interioridad y la exterioridad de la cultura. Aparecen así complejas las tentativas, porque el hombre no sólo es *sapiens* sino, con mayor empeño, también *faber* en relación a las cosas, *aulicus* en cuanto mediador y mediación con los demás, *ludens* por sus aptitudes creativas. Y, en fin, con mayor proximidad, la figura de Tierno Galván llama la atención de nuestro compañero y maestro Luis Jiménez, por su proyecto humanitario basado en la “cultura de fraccionamiento”, aquella que se encamina a la liberación de todos los seres humanos, facilitando, no un humanismo uniforme, sino atento a la diversidad de las personas, de ambientes y situaciones.

En expresión propia de la concisión clásica, Ovidio dejó dicho: “*Amicitiae sanctum et venerabile nomen*”, “Santo y venerable es el nombre de la amistad”. Sentencia hiperbólica, dirán algunos. Nada más realista, debemos confirmar cuantos hemos convivido más de veinticinco años con Luis Jiménez Moreno. Y esto porque su persona y su obra han ido haciendo que seamos muchos los que hemos podido usufructuar la sinceridad de su vida, la benevolencia de su trato, el esfuerzo gra-

tuito de su colaboración, la palabra amistosa, el humor sutil siempre benevolente, incesante en el afecto. Luis Jiménez Moreno, símbolo de dignidad que, sin solicitar correspondencias, acompaña siempre a la grandeza de la humildad. Dignidad de la humildad, recuperadas por el recuerdo ahora que ya no compartimos su presencia pero no nos resignamos a perder el paso de su ejemplo. A Luis le debemos una memoria justa, que no puede ser memoria feliz porque, subsistente el ejemplo de su humilde dignidad, nos falta la proximidad de su persona.